

La Historia como *fabricación* del pasado: La frontera del Oeste o *American West*

Alfredo Jiménez

Departamento de Historia de América,
Universidad de Sevilla

La “frontera americana”, o expansión de los Estados Unidos hacia el Oeste, es uno de los grandes temas de la historiografía de ese país a partir del ensayo de Frederick Jackson Turner publicado en 1893. La enorme bibliografía acumulada muestra, con excepciones, cómo a través del tiempo se ha producido una mitificación del fenómeno histórico en perjuicio de una interpretación objetiva de la realidad hasta donde ello es humanamente posible. Sobre la base de abundantes testimonios críticos de autores norteamericanos, Alfredo Jiménez afirma que las circunstancias personales de los historiadores y, sobre todo, la presión social y política han hecho que en gran medida la historia del Oeste sea una “fabricación” del pasado. El autor recurre a la comparación con la frontera norte de Nueva España, como contraste historiográfico, y sitúa la expansión de los Estados Unidos en el marco de su política imperialista, cuyas primeras manifestaciones fueron las guerras con México y con España. Finalmente, plantea numerosos interrogantes que apuntan a cómo la mitificación del pasado y la utilización de la historia escrita son frecuentes en la historiografía de otras épocas y de otros continentes.

Este ensayo es una reflexión ilustrada sobre la diferencia entre *historia* e *historiografía*; es decir, entre el pasado y la elaboración sobre el pasado.¹ Más concretamente, pretende subrayar el efecto que las circunstancias personales y sociales del historiador tienen sobre su obra.² La frontera de los Estados Unidos, o expansión hacia el Oeste, servirá de piedra de toque para mostrar cómo la historia escrita puede falsear la historia vivida más allá de las comprensibles deficiencias que imponen las limitaciones del ser humano y de cualquier ciencia o disciplina. En otras palabras, cómo el historiador colabora a veces con la sociedad en la producción de una imagen del pasado que se utiliza en favor de ciertos intereses o de objetivos no académicos. Esta perversión de la historiografía es frecuente, lo cual no disminuye la gravedad del hecho, sino todo lo contrario.

1 Una primera versión muy sumaria de este ensayo se presentó al XII Congreso Internacional de AHILA (Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos) celebrado en la ciudad portuguesa de Oporto en septiembre de 1999. El simposio “La frontera en la Historia de América” me permitió expresar algunas preocupaciones sobre historiografías desde mi interés personal por el Gran Norte de Nueva España.

2 Es obligado distinguir entre responsabilidades colectivas e individuales, así como entre las varias historiografías sobre un mismo gran tema, pues no sería justo generalizar.

La frontera angloamericana

La historiografía de la frontera angloamericana es, en su conjunto, bastante más que un producto intelectual. En el título de este ensayo utilizo el término *fabricación* con el sentido que luego diré. Puede hablarse, también, de un fenómeno de retroalimentación (*feedback*) entre la historia académica y la imagen que la sociedad tiene del *Great American West*.³ Esta historiografía tiene una fecha de comienzo muy clara. Todo empezó con Frederick Jackson Turner (1861-1932) cuando en 1893 leyó ante las American Historical Association una comunicación titulada “*The Significance of the Frontier in American History*”. El joven Turner vino a decir que las circunstancias peculiares de la frontera americana, tales como la abundancia de tierra libre o desocupada (*free land, empty land*), las oportunidades que se abrían a los colonos, y el peligro común que representaban los indios dieron forma al carácter y a las instituciones americanas. La experiencia de la frontera —decía Turner— aceleró la asimilación de los inmigrantes [se entiende los que procedían de Inglaterra y Europa central], y tuvo un efecto de consolidación y nacionalización de la joven América. La frontera, en suma, extendió la civilización y promovió la democracia.

No pudo imaginar Turner la repercusión que aquel ensayo tendría en los Estados Unidos desde su primera publicación hasta nuestros días.⁴ Se ha dicho que Turner “inventó” la frontera, término que puede tomarse en sentido figurado o literal, y como un elogio o una crítica.⁵ En cualquier caso, han sido enormes los efectos de un texto que contenía la llamada “tesis” o “hipótesis” de Turner, sin que los autores norteamericanos aclaren si se trata de una cosa u otra. Tampoco puede culparse a Turner de los excesos de una historiografía compuesta por miles de libros y artículos sobre la frontera.

3 “*American Frontier*” y “*American West*” no son para los historiadores norteamericanos dos conceptos exactamente iguales, pero a los efectos prácticos de este ensayo pueden utilizarse indistintamente. La *frontera* se ve como un proceso, mientras que el *Oeste* se concibe como un lugar o un espacio. En español, y para evitar la confusión con otras fronteras en las Américas, lo más correcto sería hablar de la *frontera angloamericana*.

4 Sobre el interés permanente por la frontera y los altibajos de sus escuelas o tendencias durante el siglo veinte véase mi artículo “Persistencia y crisis de la frontera en la historiografía norteamericana”, en *Actas del VII Congreso Internacional de Historia de América*, vol. 2, Zaragoza, 1998, págs. 1061-1078

5 Según Savage y Thompson “es una cuestión académica sobre un acontecimiento académico, pero los investigadores no pueden permitirse olvidar que Frederick Jackson Turner inventó la frontera”. “The Comparative Study of the Frontier: An Introduction”, en Savage, W. W. y Thompson, S. I. (editores): *The Frontier: Comparative Studies*, University of Oklahoma Press, 1979, pág. 3. Soy responsable de la versión española de todas las citas tomadas de textos en inglés.

Turner puso la primera piedra, recibió honores y ataques, creó escuela y estimuló corrientes críticas en los últimos cien años. Todo ello, normal. Mi atención no está, pues, en la obra de una persona, sino en la historiografía acumulada a partir de Turner por cientos de historiadores norteamericanos.

Ante esta asombrosa producción, y en cuanto a la distinción entre la historia como pasado y la historia como elaboración, surge la gran pregunta: ¿Es la historiografía de la frontera angloamericana la narración e interpretación de un pasado al modo y con las inevitables limitaciones de los historiadores, o se trata de algo más y distinto? En términos más precisos: ¿Qué imagen tenemos hoy de la frontera angloamericana y qué relación o distancia existe entre esa imagen y la realidad que fue? A la vista de la historiografía dominante cabe preguntarse si se ha construido una historia o se ha *fabricado* un pasado. Y aquí utilizo una de las acepciones inglesas de la palabra “fabricar”, que no sólo es sinónimo de “construir”. En inglés significa también idear o inventar una leyenda o una mentira, falsear o falsificar un documento.⁶ La acepción es dura, pero reitero que no estoy interesado en juzgar conductas individuales sino en analizar un fenómeno académico colectivo (la historia del Oeste), que con el paso del tiempo se ha hecho casi tan importante como el propio fenómeno estudiado. A partir de hechos bien documentados, se ha elaborado una imagen del pasado que es una mezcla de mito, leyenda e historia. Esta confusión resulta todavía más chocante si tenemos en cuenta que los acontecimientos son tan recientes que sus primeros historiadores los conocieron personalmente. A la gran época de la expansión hacia el Oeste pertenecen Hubert Howe Bancroft (1832-1918) y Adolph Bandelier (1840-1914). El propio Turner, en su Wisconsin natal, creció y se formó en lo que todavía era frontera en muchos aspectos. Una historiografía exclusivamente norteamericana, *doméstica*, ha construido o fabricado de manera más o menos consciente una mitología que le era necesaria a una sociedad sin historia, sin raíces, porque las raíces se quedaron en Europa.

El mito del Oeste

Henry Nash Smith, en un libro publicado en 1950, apareció como el primer revisionista de la historia del Oeste, aunque sus efectos no serían

6 *Webster's Dictionary*: “Fabricate: to devise or invent (a legend, lie, etc.). To fake; forge (a document, signature, etc.)”. No soy el único en utilizar este término, véase el libro de Peter Burke: *The Fabrication of Louis XIV*, Yale University Press, 1992, del que hay versión española.

evidentes hasta varias décadas después.⁷ Hay muchos mitos sobre el Oeste, escribe Donald Worster en un ensayo que analiza en sus primeros párrafos la obra de Smith, pero el principal de ellos fue una historia acerca de una gente simple y rural, gente corriente, que llega a una tierra extraordinaria para iniciar una vida pacífica y productiva. En esta tierra, la naturaleza humana se elevaría por encima de su vileza y depravación hasta alcanzar una nueva dignidad. Unos robustos granjeros encontrarían la oportunidad de vivir racional y pacíficamente, libres de todas las influencias contaminantes. Millones de individuos darían vida a una tierra que se convertiría en el jardín del mundo. No importaba que antes tuviera que derramarse mucha sangre para expulsar a los pueblos indígenas, pues esa sangre no sería la de los agricultores, gente limpia y decente de vida recta y virtuosa. Este mito agrario —continúa Worster— estaba lleno de contradicciones ya que la civilización encontraría en esta región su superior encarnación, al mismo tiempo que el Oeste era el lugar adonde escapar de la civilización. Sin embargo, el mito agrario fue capaz de mantener unidas ambas posibilidades porque no seguía las reglas del discurso lógico. Era una canción, un sueño, una fantasía que encerraba toda la ambivalencia de una población acerca de su pasado y su futuro. Ninguna región colonizada en tiempos modernos fue tan optimista en su visión como lo fue el Oeste, un optimismo casi ciego. La gente, dice Worster citando a Smith, no veía posibilidad alguna de defecto radical o principio de mal en su jardín. Cualquier mal que amenazara el jardín imperial tenía que venir de fuera. La estrategia defensiva era construir muros más altos y tapar las grietas. La sociedad perfecta que crecería en el Oeste estaría libre de los problemas del Este de los Estados Unidos o de Europa, tales como pobreza, divisiones raciales y de clases, ira y disensión, conflictos como el que había separado el Sur del Norte o enfrentado a Francia y Alemania. Esta había sido, más o menos, la suerte corrida por la humanidad desde la caída en el jardín original. Según Worster, una de las percepciones más importantes de Smith fue que la tesis de Turner sobre la frontera surgió directamente del mito agrario. Turner nunca dejó de creer que la vieja historia era literalmente verdad, y transmitió su fe a sus discípulos. Así nació la historia del Oeste.⁸

7 El título de la obra de Smith es muy expresivo: *Virgin Land. The American West as Symbol and Myth*, Harvard University Press. Utilizo la edición de 1970, para la que Smith escribió un nuevo prefacio.

8 Worster, Donald: "Beyond the Agrarian Myth", en Limerick, P. N., Milner, C. A., y Rankin, Ch. E. (editores): *Trails. Toward a New Western History*, University Press of Kansas, 1991, págs. 3-25.

Los orígenes del mito son, sin embargo, muy anteriores a Turner. Smith califica al presidente Thomas Jefferson (1743-1826) como el primer profeta del expansionismo de los Estados Unidos. En páginas anteriores afirma que una de las generalizaciones más persistentes sobre la vida y el carácter americanos es la noción de que la sociedad había sido conformada por la atracción de un continente vacío que arrastraba la población hacia el Oeste. A este axioma se adhirió Benjamin Franklin. Después lo hicieron Emerson, Lincoln, Whitman y un centenar más, hasta llegar a nosotros con la impronta personal de Frederick Jackson Turner.⁹

La visión épica del Oeste ha llevado a comparaciones con la mitología griega y con la épica europea. Según Commager y Morris, los hombres y mujeres que colonizaron y civilizaron el Oeste pertenecen en parte a un pasado casi legendario y, en parte, a nuestro tiempo. Tras mencionar a una decena de personajes del Oeste (militares, políticos, comerciantes...), afirman que ellos fueron como los héroes legendarios de tiempos antiguos: Jasón, el del Vello de Oro; Ulises, Hengist y Horsa [hermanos y líderes legendarios de los anglo-sajones en Inglaterra]; o quizá como los fundadores de los estados modernos, Carlomagno y Barbarroja; Alfred y Valdemar Victorious [héroes ingleses en lucha contra normandos daneses]. En otro sentido, estos hombres de la frontera pertenecen a la era moderna pues abrieron el último Oeste, conquistaron a los indios, construyeron las carreteras y el ferrocarril, transformaron en empresas la caza y la minería. Cuando aparecieron por primera vez en el horizonte de la historia, gran parte del Oeste era todavía el Gran Desierto Americano. Cuando les dijimos adiós, habían incorporado California y Oregón como estados de la Unión y habían organizado en "territorios" el resto de esta vasta área.¹⁰

El episodio del Alamo durante la rebelión de Texas es una buena muestra de cómo los hechos históricos adquieren a veces categoría épica y se incorporan a la mitología nacional. En el estado mexicano de Coahuila-Texas había en 1835 unos 30.000 colonos procedentes de Estados Unidos. La mayoría estaba formada por sureños que habían traído a Texas sus propios esclavos. Indignados ante la prohibición de la esclavitud por parte del gobierno de México, por la imposición de pesados impuestos y ante la presencia de tropas mexicanas entre ellos, se rebelaron y expulsa-

9 Smith, *Virgin Land*, págs. 22 y 3, respectivamente.

10 Commager, H. S. y Morris, R. B.: Prefacio a la obra de Ray A. Billington: *The Far Western Frontier, 1830-1860*, Harper & Brothers, 1956, pág. XIV. Billington fue hasta su muerte en 1981 el más ferviente y constante seguidor de Turner.

ron a los soldados. En marzo de 1836 declararon la independencia de Texas, y el general Santa Anna se puso de inmediato al frente de un ejército para acabar con la rebelión. Tras la batalla de San Antonio, los rebeldes se refugiaron en la antigua misión española del Alamo bajo el mando de William B. Travis. Entre ellos estaban Davy Crockett, el popular hombre de la frontera. Todos murieron entre los muros de la misión. “*Remember the Alamo*” es desde entonces como un grito sagrado, y el Alamo se visita hoy con la reverencia debida a un santuario.

Estos son, al parecer, los hechos incuestionables sobre el Alamo. David J. Weber ha analizado el episodio a la luz de datos poco difundidos o generalmente soslayados, y de su ensayo tomamos el texto que sigue: Varios autores han recordado que las entrañables historias sobre el Alamo no tienen base en hechos históricos, sino que se han elevado desde el reino terrestre de la realidad hasta la estratosfera del mito. La idea de que Davy Crockett murió ejecutado y no luchando hasta el último aliento, no ha tenido mucha aceptación. Cuando el historiador Dan Kilgore publicó en 1978 el libro *How Did Davy Die?*, un periódico calificó la obra de “complot comunista para ensuciar a nuestros héroes”. El saber popular que rodea la batalla del Alamo, continúa Weber, ofrece los ejemplos más claros de cómo la rebelión de Texas, al igual que otros muchos grandes acontecimientos, se ha teñido de romanticismo hasta adquirir significados que trascienden el propio acontecimiento. Al mismo tiempo, sus personajes principales se han reducido a caricaturas, héroes y villanos. En cierta clase de historia, y en la cultura popular norteamericana, la lucha de Texas por la independencia ha venido a representar un triunfo del protestantismo sobre el catolicismo, de la democracia sobre el despotismo, de una raza blanca superior sobre una población degenerada de mestizos, del futuro sobre el pasado, del bien sobre el mal. La sangre de Davy Crockett, en palabras de un historiador, se vertió sobre “un altar sagrado”.¹¹

Sin importar los hechos, escribe Turrentine W. Jackson, la imagen romántica de la frontera ha penetrado en la conciencia nacional y está allí implantada firmemente. Dos facetas del mito aparecen como dominantes: por un lado, la ecuación de la masculinidad con la ausencia de la ley, con la

11 “Refighting the Alamo. *Mythmaking and the Texas Revolution*”, en Weber, David J.: *Myth and the History of the Hispanic Southwest*, University of New Mexico Press, 1988, págs. 137-138. Este ensayo es un ejemplo de crítica independiente y desmitificadora. Fue originalmente una conferencia pronunciada en 1985 en Dallas, Texas, dentro del simposio “*Alamo Images: Changing Perceptions of a Texas Experience*”.

violencia, lo repulsivo y salvaje; por otro lado, el mito del Jardín del Edén, la tierra con recursos naturales abundantes listos para la explotación, la puerta a la riqueza material, la libertad política, la movilidad social. Entre los perpetradores de estos mitos había viajeros, novelistas, autores de guías y agentes oficiales que tenían que ver con la tierra. En sus escritos señalaron la vestimenta no convencional, los modales abominables, la brutalidad y la constante jactancia de los hombres de la frontera. Al mismo tiempo, hacían elogios de una tierra próspera, una tierra de libertad e igualdad.¹²

Ciertamente, la realidad de la frontera fue muy distinta de la visión mítica que ha predominado durante tanto tiempo. Richard Hofstadter afirmaba en 1968 que Turner careció de la pasión intelectual del crítico, y señalaba su incapacidad para ver el lado vergonzoso de la expansión hacia el Oeste: especulación de la tierra, *vigilantismo*, el cruel despojo del continente, la arrogancia del expansionismo americano, la patética historia de los indios, el nativismo antimexicano y antichino, la tosquedad, casi salvajismo, a que fueron sometidos los hombres en algunas partes de la frontera.¹³

Richard W. Etulain observa que la descripción del Salvaje Oeste en las décadas que siguieron a la Guerra Civil tomó dos formas. Una fue el tratamiento que se hizo en la historia, la biografía y la ficción de individuos reales como si no fueran personas de tamaño natural sino más grandes. La otra fue la creación de figuras legendarias basadas generalmente en tradiciones orales, que aparecían en el folklore y en la literatura. Biógrafos e historiadores utilizaron con frecuencia personajes históricos como Billy the Kid, Calamity Jane, Wild Bill Hickok y Kit Carson para crear héroes y heroínas que eran necesarios en la conquista de un *Oeste Salvaje*. El más importante de estos personajes, convertido en leyenda cuando aún vivía, fue William Frederick “Buffalo Bill” Cody, jinete que fue del *Pony Express*, cazador de búfalos, explorador y luchador contra los indios. Finalmente, Buffalo Bill viajó a la cabeza del espectáculo *Wild West*, que se estrenó en Chicago en 1883, recorrió los Estados Unidos y visitó varias ciudades europeas.¹⁴

Estas pocas citas bastarán para ilustrar la existencia del mito del Oeste, sus ambivalencias y contradicciones, y cómo funciona en dos niveles. Uno es el mito creado y fomentado por los intelectuales. Otro es la ver-

12 Jackson, Turrentine W.: Prefacio al libro de Ray A. Billington titulado *America's Frontier Culture. Three Essays*, Texas A&M University Press, 1977, págs. 13-14.

13 Cita de Worster en “Beyond the Agrarian Myth”, pág. 10.

14 Etulain, Richard W.: “The Rise of Western Historiography”, en Etulain, R. (editor): *Writing Western History. Essays on Major Western Historians*, University of New Mexico Press, 1991, págs. 4-5.

sión popular basada en la obra divulgadora de los historiadores y en una filosofía nacional predicada por los políticos. A la consolidación y difusión del mito popular contribuyó en grado extraordinario una literatura doblemente barata por su poco precio y calidad. En efecto, después de la Guerra Civil tuvo una amplísima distribución en los Estados Unidos la llamada *dime novel*, y más de la mitad de estas novelas sensacionalistas tenían por tema la frontera o *American West*. Se vendían por cientos de miles y los lectores del Este se creían mucho de lo que leían sobre una región y una sociedad que les eran extrañas.¹⁵ Mención aparte merece una verdadera literatura de frontera cuyo camino abrió James Fenimore Cooper (1789-1851) con obras como *El último mohicano* y *La Pradera*.

Es evidente que cierta literatura y el cine (el cine más que ningún otro medio) han contribuido a la fabricación y pervivencia del mito popular del Oeste y de sus personajes: el pionero valiente y laborioso; el *cowboy* noble, guapo, elegante, que dispara con velocidad y precisión increíbles; la mujer fiel y abnegada, esposa del pionero o del militar, que lo mismo se saca el pecho en medio de la pradera para amamantar a su criatura que echa mano del rifle cuando atacan los indios. El caballo y el revólver son los signos de identidad de unos *caballeros* del siglo XIX que, en realidad, eran toscos vaqueros o rústicos agricultores. Cuando en la novela o en la película la situación se hace insostenible, aparece el *Séptimo de Caballería*, como en la Edad Media española aparecía Santiago Matamoros. A los símbolos de una nación joven y laica se sumaron la bandera, los himnos y las marchas militares.¹⁶

¿Expansión o imperialismo?

Es en el terreno de la política donde ha tenido mayores consecuencias la colaboración de la historiografía norteamericana a la mitificación de un pasado muy reciente. El resultado ha sido una filosofía política practicada por hombres ambiciosos y sin grandes escrúpulos. El hecho es particularmente paradójico en una sociedad tan puritana, que desde sus orígenes

15 *Ibidem*, págs. 5-6.

16 Sobre el género del Oeste (novela y cine) y la fuerza y persistencia del mito pueden verse Bold, Christine: *Selling the West. Popular Western Fiction, 1860 to 1960*, Indiana University Press, 1987; y Erisman, Fred: "The Enduring Myth and the Modern West", en Nash, G. D. y Etulain, R. W. (editores): *Researching Western History*, University of New Mexico Press, 1997.

tomó como bandera la promoción de la democracia y la libertad. La joven nación adoptó desde muy pronto una nueva religión que pretendía sustituir el fanatismo religioso y la intolerancia de anteriores potencias imperiales. El Oeste se presentó ante el Este como el escenario casi infinito donde se establecería la nueva doctrina.

No es necesario entrar en detalles sobre un doble fenómeno que se ha conmemorado recientemente: la expansión geográfica hacia el Oeste y la política imperialista.¹⁷ En 1823, a sólo dos años de la independencia de la América continental española, se formuló la doctrina Monroe, sintetizada en la afirmación de “América para los americanos”. No mucho después, John L. O’Sullivan, editor de la publicación neoyorquina *Democratic Review*, acuñó otra de esas frases cortas que tanto efecto tienen en la sociedad norteamericana: *Manifest destiny*. O’Sullivan escribió en 1845 que era el destino manifiesto de los Estados Unidos expansionarse por el continente que la Providencia le había asignado. En dos palabras se encerraba la justificación para el avance *inevitable* de la frontera desde el Mississippi hasta las costas del Pacífico. La llave que abrió la puerta a la conquista del Oeste fue una guerra urdida contra México y concluida con un tratado de paz que costó a la república del sur la pérdida de inmensos territorios. El siglo terminó con otra guerra no menos artificial en la que coincidieron las ambiciones de políticos como Theodore Roosevelt, la *prensa amarilla* y los intereses comerciales de los Estados Unidos en el Caribe y en el Pacífico. España perdió Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, mientras la prensa norteamericana presentaba la farsa bélica como una gran victoria, que el país necesitaba en aquellos años de crisis social.¹⁸ Otra frase breve, con resonancia texana, había animado al combate: “*Remember the Maine*”. No es irrelevante para la historia la identificación de Roosevelt con el Oeste. Su pasión por la naturaleza, su afición desmedida a la caza y al riesgo encontraron en la vieja frontera el escenario donde proyectar su personalidad. En su momento, haría lo mismo en el escenario de la política y de la guerra.

17 En 1998 se cumplieron el ciento cincuenta aniversario del Tratado de Guadalupe Hidalgo y el centenario de la guerra hispano-norteamericana. A los orígenes de la historia de los Estados Unidos pertenecía otra conmemoración en ese mismo año de 1998: el cuarto centenario de la fundación de Nuevo México.

18 Sobre los conflictos de Estados Unidos con México y España remito a mis artículos “La guerra hispano-norteamericana y las fronteras de América del Norte”, en Corbalán, R., Piña, G. y Toscano, N. (editores): *Entre el desencanto y la esperanza*, Nueva York, Monografías de ALDEEU, 1998, págs. 75-86; y “Fronteras en América del Norte en el siglo XIX (1821-1898)”, en *VII Congreso Internacional de Historia de América*, Asociación Española de Americanistas, Las Palmas de Gran Canaria, 1998, editado en CD-ROM.

Tampoco es casualidad la fecha del conflicto con España. La guerra ocurrió, precisamente, en la década que conoció el fin de la frontera como tierra sin colonizar, según afirmación del Superintendente del Censo para 1890. Como escribió Walter Millis, la frontera se había esfumado repentinamente en el pasado y los norteamericanos ya sólo tenían ante sí agua salada y las naciones que había más allá.¹⁹ Si “inevitable” fue a mitad de siglo la expansión hacia el Oeste, también resultó “inevitable” al final de la centuria la expansión más allá del continente.

En esencia, nada nuevo bajo el sol. Pero lo que interesa destacar aquí es el fenómeno historiográfico, el modo y manera en que la historia nacional ha interpretado unos hechos que fueron parte de un mismo proceso: el desarrollo en las Américas de un imperialismo que por primera vez en cuatro siglos no era real, quiero decir que no era regio sino republicano. Por primera vez, también, la expansión se hacía a través del mar y no por tierra.²⁰ A la vista de lo que dicen los textos escolares norteamericanos sobre la guerra con México y con España, se puede concluir que cuando se fabrica una guerra, toda historia *acrítica* de ese acontecimiento y de su contexto social es también, de manera inevitable, una fabricación del pasado.

¿Hacia la desmitificación del Oeste?

Un número de historiadores norteamericanos se viene dedicando en los últimos años a desmitificar, a denunciar abusos y errores cometidos en la colonización del Oeste.²¹ Al mismo tiempo, proponen nuevos caminos y paradigmas y amplían los espacios temáticos y cronológicos. Estos historiadores son muestra de la enorme capacidad autocrítica de la sociedad norteamericana. De hecho, ha surgido una corriente conocida como *New Western History*, que se presenta como un intento sistemático de revisar

19 Millis, Walter: *The Martial Spirit: A Study of Our War with Spain*, publicado en 1931. Citado por Dennis E. Berge en “Manifest Destiny and the Historians”, donde el autor hace un análisis crítico del tema. El artículo de Berge aparece en Malone, M. P. (editor): *Historians and the American West*, University of Nebraska Press, 1983, págs. 76-95.

20 La artificiosidad de la guerra hispano-norteamericana quedó demostrada por los propios hechos bélicos. El combate en la bahía de Manila duró siete horas y causó la muerte de un marinero norteamericano. En el enfrentamiento naval en Santiago de Cuba murieron 500 marinos españoles y sólo uno americano.

21 También la Revolución Francesa, tan aclamada y venerada universalmente, está siendo objeto de desmitificación a partir, precisamente, de la celebración de su segundo centenario.

y revolucionar la historiografía de la frontera y del Oeste.²² En otro lugar he resumido lo que significa y pretende la *NWH*.²³ Sus comienzos formales pueden situarse a principios de la década de 1980 con un libro editado por Michael P. Malone (nota 19). Pero sus antecedentes más inmediatos, según Worster, se encuentran veinte años atrás formando parte del ambiente social e intelectual de las presidencias de Kennedy y Johnson. Son parte del espíritu y de la práctica de la *NWH* el reconocimiento de la diversidad étnica y racial, el pluralismo social y cultural, la interacción histórica de la humanidad con el medio físico, la ponderación y el equilibrio en la interpretación del pasado, la colaboración con otras ciencias sociales. De estos principios se derivan la atención a la mujer, es decir a la familia, no sólo al hombre; el interés por los indios, los hispanos, los orientales, no sólo los *anglos* venidos del Este; la denuncia de la explotación y destrucción de los recursos naturales; la inclusión en la historia del Oeste de fracaso y éxito, derrota y victoria, bondad y maldad. En opinión de Worster, se empieza a conseguir una historia que está más allá del mito, más allá de la conciencia tradicional de los conquistadores blancos, más allá de una necesidad primitiva y emocional de héroes y heroínas, más allá de cualquier posición oficial para justificar o legitimar lo que pasó.²⁴

¿Cuánto hay de novedad en la *NWH* desde el punto de vista de la ciencia histórica y cuánto de denuncia y compromiso ético y moral ante un Oeste mal-tratado por quienes lo vivieron y por los que lo han historiado? ¿Cuánto hay de ideología en los planteamientos? Gerald D. Nash, en un ensayo que intenta situar la *NWH* en un contexto histórico, afirma que este tipo de historia no es nuevo ni infrecuente, y refleja sorprendentes similitudes con otras modalidades, incluyendo a los nacionalistas alemanes del siglo XIX, los nacional socialistas, los comunistas, y las interpretaciones de la Nueva Izquierda. Tales similitudes no implican en ningún modo que los miembros de la *NWH* sean seguidores de cualquiera de estas variedades de historia. Pero sus visiones deben someterse al mismo análisis crítico de otras formas de interpretación histórica.²⁵

En cualquier caso, la intención de estos historiadores me parece honesta y los resultados académicos son refrescantes. Pero, siendo realis-

22 Contribución colectiva y fundamental para entender la *New Western History* es el libro ya citado: *Trails. Toward a New Western History*.

23 Jiménez, "Persistencia y crisis de la frontera en la historiografía norteamericana".

24 Worster, "Beyond the Agrarian Myth", pág. 16.

25 Nash, "The Global Context of the New Western Historian", en Gressly, G. M. (editor): *Old West/New West*, Oklahoma University Press, 1997, págs. 147-162.

tas, ¿qué pueden conseguir ésta u otras corrientes revisionistas de todo un siglo de historiografía? ¿Puede la comunidad académica modificar una imagen que ha calado en la sociedad y se ha difundido por todo el mundo como un producto más de la industria norteamericana? ¿Qué influencia social puede tener la *New Western History* al denunciar los excesos cometidos por los hombres de la frontera, o al reclamar la atención de los historiadores por ciertos problemas o temas como la presencia en el Oeste de los indios y los mexicanos, dos minorías ignoradas o despreciadas por la historiografía tradicional? Nash, por su parte, opina que al igual que ocurre con otras interpretaciones, las de los historiadores de la *NWH* reflejan tendencias actualmente de moda que pasarán cuando otras generaciones desarrollen sus propias perspectivas.

El *American West* y el Norte español

El interés por la frontera norte de Nueva España me ha llevado de manera natural a interesarme por la frontera angloamericana.²⁶ La comparación sistemática entre dos procesos tan próximos y tan distintos sería muy útil para un mejor entendimiento del *Norte* y del *Oeste*, así como para el avance de la teoría general sobre fronteras.²⁷ Sin embargo, hay que lamentar lo escasa que es la historiografía de la frontera septentrional de Nueva España escrita en español, con notables excepciones.²⁸ El vacío historiográfico es todavía más notable en relación con las muchas fronteras de la América española tanto colonial como republicana. No ha habido un Turner que promoviera una teoría más o menos adecuada y provocara reacciones de un signo o de otro. Es cierto que los factores culturales y el modo hispánico de colonización fueron muy distintos respecto de la frontera

26 Sobre el lugar que en la historiografía norteamericana ocupan los antiguos territorios hispanos, y el que deberían ocupar en mi opinión, véase “El Lejano Norte español: cómo escapar del *American West* y de las *Spanish Borderlands*”, *CLAHR (Colonial Latin American Historical Review)*, Albuquerque, N. M., 1996, vol. 5, págs. 381-412. Sobre la necesidad de un marco hemisférico para el análisis y la comparación de los fenómenos de frontera en las Américas, y sus distintas historiografías, remito a mi ensayo “La frontera en América: observaciones críticas y sugerencias”, en Sarabia Viejo y otros (editores): *Entre Puebla de los Angeles y Sevilla: Estudios americanistas en homenaje al Dr. José Antonio Calderón Quijano*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos y Universidad de Sevilla, 1997, págs. 475-494.

27 Es sorprendente la ignorancia de esta frontera norte, y de todas las fronteras de la América colonial española, por parte de los estudiosos de este fenómeno universal cuando lo tratan con un enfoque comparativo y presuntamente universal; véase Jiménez, *ibidem*, págs. 488-489.

28 Jiménez, “El Lejano Norte español...”, págs. 391-392.

angloamericana. La cronología y las circunstancias históricas también fueron muy diferentes. Pero el hecho sigue en pie: la falta de un tratamiento de las fronteras hispanas sobre unas bases teóricas y metodológicas explícitas y sistemáticas. En cualquier caso, las fronteras de la América española no se han mitificado, si acaso se han *demonizado*. Afirma Alistair Hennessy que la importancia de la tesis de Turner se sustenta en su fuerza mítica y en su capacidad para proporcionar una ideología nacionalista legitimadora y fructífera, por lo que la ausencia de un mito para la frontera latinoamericana es fácil de explicar en el contexto de las sociedades hispanoamericanas.²⁹ Pero esta realidad sociocultural no excusa de la correspondiente investigación histórica del fenómeno de frontera en la América hispana.

Hay que admitir también que el *American West* no es heredero de la historia colonial de Nueva Inglaterra, sino que pertenece a la historia de una nueva nación que hace de la frontera su epopeya nacional. Las fronteras de la América de habla española, por el contrario, surgen en el siglo XVI y se reparten desde Nuevo México hasta Chile. Sus protagonistas no son los héroes populares, más o menos folklóricos, ni un equivalente al *pioneer* anónimo del Oeste anglosajón, sino exploradores y conquistadores que actuaban en nombre de la Corona. Además, las repúblicas hispanas heredan con la independencia su vieja parte de *frontera*, que todavía hoy es tierra sin atractivo debido a una mentalidad más urbana y a un concepto muy peculiar del trabajo, de la riqueza, del éxito y del prestigio social. En este contexto histórico-cultural, los conquistadores españoles no son para esas repúblicas héroes nacionales sino más bien villanos o algo peor. El caso extremo es el de Hernán Cortés según aparece en la historia y en la mente del pueblo mexicano. El héroe y la víctima de la confrontación que se produce en toda frontera de conquista es el indio, especialmente en ciertos períodos de la vida nacional, cuando los políticos reclaman y reciben la colaboración de la historiografía y el indigenismo se convierte en filosofía política.³⁰

29 Hennessy, Alistair: *The Frontier in Latin American History*, Londres, 1978, pág. 13.

30 Con ocasión del quinto centenario del descubrimiento de América, todo lo referente a la conquista y colonización del Nuevo Mundo se cuestionó en España. No puede extrañarnos, pues, que las críticas y las denuncias abundan en los propios países americanos. Para mantenernos en territorios del Oeste recuerdo hechos ocurridos en los Estados Unidos en relación con Juan de Oñate y el cuarto centenario de la fundación de Nuevo México; véase Jiménez: "Don Juan de Oñate and the Founding of New Mexico: Possible Gains and Losses from Centennial Celebrations", *CLAHR*, 1998, vol. 7, págs. 109-128.

Volviendo a la historiografía norteamericana, es chocante su actitud ante los hechos ocurridos en la frontera hispana de los Estados Unidos o *Lejano Norte español*. Ha habido ignorancia o silencio. Ha habido prejuicios y utilización de lo mexicano como forma de reforzar por comparación los aspectos positivos de la frontera anglosajona. En el mejor de los casos, la historia hispana de los Estados Unidos se ha visto como un apéndice prescindible de la historia nacional e, incluso, de la historia del *American West*. Son excepción los autores que desde Bolton hasta hoy se ocupan de las llamadas *Spanish Borderlands*, pero su obra no ha supuesto la integración del Norte hispano en la historia del *American West*. Menos aún, en la historia nacional o *U. S. History*.³¹ Todo ello a pesar de que la frontera española, luego mexicana, se adelantó en siglos a la frontera angloamericana y cubrió una gran parte de lo que sería después el *American West*.

Datos para un análisis ponderado

Es fácil, casi irresistible, criticar y denunciar a las naciones grandes que han hecho grandes cosas en la Historia. Las grandes hazañas están generalmente acompañadas de grandes errores, abusos y delitos. He centrado mi crítica en la historiografía de los Estados Unidos, pero dije al principio que la frontera angloamericana me serviría de piedra de toque para la discusión de un fenómeno universal: la manipulación más o menos consciente de los hechos hasta *fabricar* una imagen del pasado muy alejada de lo que fue. Y esto lo digo admitiendo que no hay verdades únicas ni absolutas y que la pretensión de los positivistas más radicales de conocer *la realidad* de lo que sucedió a través de *hechos positivos* era una utopía. A fin de que la crítica contenida en las páginas anteriores (basada exclusivamente en citas de autores norteamericanos) se entienda en términos más equilibrados, añadiré todavía otros datos, algunos contrapuestos.

Las condiciones a favor de una historia rigurosa y ponderada del Oeste han sido ideales, sobre todo si se compara con otros períodos y otros temas de la historia de las Américas y de la historia universal. Los investigadores del *American West* han tenido a mano todas las fuentes imaginables, desde la arqueología a la historia oral, la fotografía y casi el comienzo del cine documental. A pesar de todo, la distancia entre la realidad y la

31 Jiménez, "El Lejano Norte español...", págs. 391-393.

imagen ha sido más grande de lo razonable. Pero no sería justo señalar sólo los puntos negativos ni analizarlos fuera de contexto. Hay explicaciones que no son muy científicas pero, al menos, son humanas, que no es poco. La imagen idealizada del Oeste ha cumplido en la sociedad norteamericana una función positiva, y lo que es funcional en una cultura merece consideración. La experiencia histórica demuestra que la unidad política, la cohesión social, los valores compartidos, la moral individual y colectiva, la fortaleza en los momentos de crisis, la necesaria ilusión para seguir viviendo se sostienen más y mejor sobre *mitos* que sobre hechos, cifras o leyes escritas. La memoria de un pasado supuestamente glorioso y el llamado “espíritu de la frontera” han sido útiles a una nación construida aprisa por gentes diversas que no tenían un pasado, una lengua, una religión común.

La función social de los mitos es, ciertamente, un hecho universal. Aunque los mitos sólo son legítimos hasta cierto punto, pues siempre o casi siempre se elaboran contra otros o con exclusión de otros. Los mitos son parte ineludible de la materia que interpretan el historiador y el antropólogo, pero ninguno de los dos puede ni debe contribuir a una mitificación del pasado. Hay una línea que separa la literatura y la historia popular de una historia estrictamente académica. ¿Por qué tantos historiadores norteamericanos, durante tanto tiempo, han traspasado esta línea o se han situado a caballo sobre ella?³² La presión social en favor de la idealización y utilización de la frontera ha sido siempre muy fuerte, casi inescapable. Esta presión se ha ejercido en las universidades y en el mundo editorial, tan dependientes entre sí, y ambos dependientes en alto grado de intereses políticos y económicos. La oposición o la crítica a una filosofía convertida en doctrina nacional podría parecer a la sociedad norteamericana una especie de herejía o traición. La consecuencia más común y sutil de estas dependencias es la autocensura por parte del historiador, el profesor, el maestro de escuela.

Veamos a este respecto los consejos de Worster al historiador del Oeste, dados en un lenguaje altamente irónico o cínico. Los historiadores del Oeste —dice este autor— no deben hablar críticamente, con hostilidad, de los que están en el poder, pues ellos hacen posible nuestras universida-

32 Antes de cualquier respuesta hay que reconocer que la historiografía del *American West* cuenta con obras individuales de primer orden, aunque hasta los autores más rigurosos han podido contribuir alguna vez, por acción u omisión, a la historiografía dominante. Sirva como muestra de seriedad académica la obra general de Walter Prescott Webb, especialmente *The Great Plains*, libro publicado en 1931.

des, salarios, bibliotecas, nuestra historia y nuestros museos. Si hablan críticamente del poder, o adoptan una posición crítica sobre el pasado, no deben poner demasiada pasión o acritud en sus palabras. No deben revelar que puede haber ideales importantes que se han violado, o argumentar que hay nuevos ideales que deben descubrirse. Si lo hacen, serán considerados románticos, ingenuos, con prejuicios, polémicos o desagradecidos. Pueden incluso convertirse en *ideólogos*, terrible etiqueta que con frecuencia se aplica a cualquier historiador que no acepta la ideología dominante u oficial. En otras palabras, deben mantener la historia del Oeste, y el propio Oeste, libres de controversia o desafío radical. Deben escribir en un estilo intelectualmente tímido, con largas notas a pie de página y amplia bibliografía, pero escaso en ideas originales, especialmente si no son comunes o convencionales. Si se les ocurren tales ideas, deben guardarlas para sí o camuflarlas bajo una prosa aburrida y gris para que nadie las tome en serio. Worster concluye que cuando los historiadores no son capaces de verse a sí mismos como intelectuales críticos, como él cree que ha ocurrido a los historiadores del Oeste, se convierten en prisioneros de una ideología en vez de señores de ella.³³ Opino, por mi parte, que en la medida en que estas presiones sean ciertas, la conducta de los historiadores del Oeste, o *westerners*, si no se justifica por lo menos se explica.

Un aspecto más estrictamente académico de la historiografía del Oeste es su naturaleza exclusivamente norteamericana. Utilicé anteriormente el calificativo de historia *doméstica*, en el sentido inglés del término: una historia hecha en casa para consumir en casa. Todo un siglo, nuestro siglo veinte, para historiar otro siglo, el anterior. Hubiera sido muy fructífero haber contado con autores de otros países, otras culturas, otras lenguas. Pero ni siquiera los mexicanos, tan cercanos y tan afectados en su historia por el avance de la frontera, han contribuido a la historiografía del *American West*. En cuanto a los historiadores hispanos, ciudadanos de los Estados Unidos, su atención se limita, en general, a la franja Norte de México-Suroeste de los Estados Unidos, a un tiempo reciente o completamente actual, y a problemas que afectan particularmente a la población de habla española.³⁴

33 Worster, "Beyond the Agraria Myth", págs. 22-23.

34 Para una apreciación del alcance geográfico y temporal, así como de la variedad temática y diversidad de autores correspondientes a esta frontera, véase Stoddard, Nostrand y West (editores): *Bordelands Source Book. A Guide to the Literature on Northern Mexico and the American Southwest*, University of Oklahoma Press, 1983.

Una categoría propia dentro de la historiografía norteamericana sobre la frontera es la que inauguró Herbert Eugene Bolton (1870-1953). En un librito publicado en 1921, Bolton definió las *Spanish Borderlands* como el territorio que iba desde Florida a California. El número y calidad de los historiadores norteamericanos que han seguido el camino abierto por Bolton es impresionante. Sin embargo, y pese a la diversidad de enfoques e interpretaciones que se dan en esta historiografía, no se trata en absoluto de una aplicación de la teoría turneriana o post-turneriana a los territorios hispanos, sino de la historia colonial de los territorios norteamericanos que fueron españoles.³⁵

En conclusión, los historiadores norteamericanos han escrito la historia de la frontera como si al otro lado no hubiera nadie. Ha faltado el contrapunto de indios y mexicanos que, de todas formas, no estaban en condiciones de escribir su versión de la *expansión/invasión* del Oeste, aunque en los archivos mexicanos, españoles y de los Estados Unidos hay documentación pertinente. Ha faltado también la contribución de historiadores de otros países y otras escuelas, a pesar de la dimensión del fenómeno histórico. Sin duda que otros puntos de vista hubieran ayudado a una visión más equilibrada de la *American frontier*, pero de estas ausencias no se puede culpar a los historiadores de los Estados Unidos, que han hecho y hacen su parte. Otra cosa es la responsabilidad de la historiografía norteamericana ante sus propias circunstancias. Poderes políticos y económicos han coaccionado la elaboración de una historia que ha fascinado al pueblo que, a su vez, ha ejercido su influencia sobre los historiadores. Este proceso lo calificaba más arriba de retroalimentación o *feedback*. La literatura popular y el cine han actuado sobre un fenómeno histórico, aunque muy reciente, como no lo han hecho sobre ningún otro fenómeno de semejante o superior magnitud. El resultado ha sido que una historia tan *doméstica* se ha convertido, paradójicamente, en una historia mítica universal.³⁶

35 La mejor y última síntesis de esta historia es la obra de David J. Weber: *The Spanish Frontier in North America*, Yale University Press, 1992. Hay edición en español del Fondo de Cultura Económica, México, 2000.

36 ¿Qué niño o adolescente de nuestro siglo no ha jugado a “indios y *cowboys*”? ¿Qué adulto de cualquier país de Occidente o de Oriente no conoce el Oeste americano a través del cine y la televisión? La novela y las películas del Oeste son géneros propios y distintos de otros géneros, y tienen la capacidad de incorporar, a su vez, cualquier otro tema o género. Más aún, agotado en los últimos años el filón comercial, el escenario de la frontera americana se ha trasladado a la infinitud del espacio sideral con la guerra de las galaxias.

Interrogantes para un examen (general) de conciencia

No hay modo más efectivo para comprender a un pecador que haber cometido su mismo pecado. Y en mi deseo de llevar mis reflexiones más allá de la frontera angloamericana, me hago algunas preguntas, en gran parte retóricas: ¿Hay casos equivalentes o similares de fabricación del pasado en la historiografía de las Américas o de otros continentes? ¿Hasta qué punto es culpable el historiador de inconsciencia, conveniencia, connivencia, ambición, miedo u otras debilidades humanas al elaborar su versión del pasado? ¿Hasta qué grado está condicionada la obra del historiador por su nacionalidad, etnicidad o raza, sexo, religión, experiencia vital, situación profesional? ¿Qué peso ha tenido o tiene sobre cualquier historiografía una determinada ideología o un cierto régimen político? ¿En qué grado afectan las ideologías a un mismo hecho, como puede ser la guerra civil española, tan próxima y tan distintamente tratada según bandos más que escuelas? ¿Cómo y cuánto afectan a la fiabilidad de las historias nacionales el patriotismo y otros sentimientos menos excusables como el prejuicio religioso o racial? ¿Qué decir, por ejemplo, de la llamada *Leyenda negra* sobre España, surgida en Inglaterra, exportada y perpetuada hasta hoy? ¿Y qué decir de las leyendas rosas o blancas? Aceptando, como debemos aceptar, la conveniencia y necesidad de re-escribir la historia, lo que significa admitir la relatividad de sus interpretaciones, ¿qué hay de las verdades únicas o absolutas, si es que existen? Ante la suma de factores tales como la necesidad profesional de publicar, la abundancia de documentación disponible y la proliferación de congresos, simposios y aniversarios, ¿cómo queda afectado el equilibrio historiográfico entre cantidad y calidad, entre historia eminentemente narrativa y el análisis y la interpretación del pasado según marcos teóricos y paradigmas?

La antropología, especialmente la británica, ha mirado despectivamente a la historia por la naturaleza de sus fuentes y por sus métodos. Pero, recientemente, el trabajo de campo, base y orgullo de la antropología, se ha cuestionado por los propios antropólogos.³⁷ “Haber estado *allí*” ya no ga-

37 A. R. Radcliffe-Brown (1881-1955), figura prominente de la antropología social británica, fue muy crítico ante la historia al tiempo que pretendía acercar la antropología a los niveles de fiabilidad de las ciencias naturales. Quizá, el primer gran golpe a la credibilidad de la etnografía fue la publicación en 1967 del diario íntimo y secreto de Bronislaw Malinowski (1884-1942), quien durante décadas fue modelo de investigador de campo. Hago un tratamiento relativamente extenso de estas cuestiones en “Fuentes y métodos de la antropología: consideraciones un tanto críticas”, en De la Fuente, M. (editor): *Etnoliteratura. Un nuevo método de análisis en antropología*, Universidad de Córdoba, 1994, págs. 9-49.

rantiza necesariamente la veracidad de la *etnografía* que, de hecho, es una narración escrita por un testigo. Ello sin contar con que una misma realidad puede verse o interpretarse de maneras muy distintas según las circunstancias de cada observador. ¿Puede la crisis de la etnografía devaluar más la historia a los ojos de otras ciencias sociales como en un efecto dominó? O, por el contrario, ¿pueden ésta y otras crisis en el cambio de siglo acercar a todas las ciencias sociales ante el reconocimiento de la limitación humana, sobre todo cuando el objeto de estudio es el propio ser humano en sociedad? Como última pregunta, y en relación con lo que he llamado con ánimo provocador “la fabricación del pasado”, ¿de qué podemos acusarnos cada uno de nosotros y qué podemos aprender ante situaciones como la que representa la historiografía de la frontera del Oeste o *American West*?